

Sección internacional

ESTADOS UNIDOS

El difícil equilibrio de Carter

La recuperación económica que siguió a la recesión de 1974-1975 en Estados Unidos, y que tanta gravitación alcanzó en el resto del mundo, se rigió por leyes tan particulares como la propia recesión que la antecedió. Esta había sido especialmente prolongada; durante su transcurso no pudo dominarse la inflación, el déficit fiscal se mantuvo en niveles muy altos y la capacidad ociosa también resultó especialmente significativa. La recuperación, que tuvo lugar a partir de febrero de 1975 pero que se afirmó apenas en el segundo trimestre de ese año, perdió empuje en el tercer trimestre de 1976, a tal punto que muchos analistas llegaron a pensar que volvía la rece-

sión. A fin de año se revitalizó de nuevo la economía, aunque muchos de sus síntomas son aún vacilantes y contradictorios. Por todas estas razones, son muchas las interpretaciones acerca de la posible duración de esta fase y del porvenir que le espera. Quizá, la mejor manera de abordar los problemas de la actual reactivación consista en plantear algunas de las cuestiones más discutidas del receso que la antecedió.

La recesión y la posterior recuperación

La recesión de 1974-1975 fue la más profunda de la economía capitalista a partir de la gran depresión de la década del 30, y puso fin a la expansión continuada que se inició con la posguerra. Estados Unidos pasó por períodos de recesión en esa etapa de larga expansión, pero si se puede hablar de una continuidad es, precisamente, porque los pequeños ciclos recesivos constituyeron más una breve interrupción del movimiento ascendente que un notorio cambio en las condiciones generales de la economía. La larga expansión de posguerra obedeció a una serie de fuerzas motoras; la recesión de 1974-1975 tiene que haber afectado, de alguna manera, a esos motores expansivos. En la inmediata posguerra, la expan-

sión económica estuvo sostenida por una inflación más intensa y continuada que de costumbre. En el período previo a la recesión y durante la misma recesión se agotaron los factores que la habían promovido, entre ellos, la posibilidad de seguir aplicando una expansión del circulante que ya había afectado peligrosamente al sistema monetario internacional. Como no podía ser de otra manera, las crisis monetarias habían acentuado la influencia entre las distintas economías de los países muy industrializados, y la recesión en Estados Unidos fue el comienzo de una depresión generalizada.

La recesión se inició al empezar 1974; algunas de sus características más sobresalientes fueron las siguientes: la actividad económica se contrajo, sin que se advirtiera paralelamente una menor presión alcista de los precios; muy por el contrario, la recesión coexistió con una inflación muy intensa. El déficit fiscal fue también muy elevado, por lo que se hizo virtualmente imposible cualquier política basada en el gasto público para reanimar la economía del país. La desocupación alcanzó una intensidad sin parangón con otras etapas de receso.

Los primeros síntomas de la recuperación se advirtieron a principios de 1975,

Las informaciones que se reproducen en esta sección son resúmenes de noticias aparecidas en diversas publicaciones nacionales y extranjeras y no proceden originalmente del Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A., sino en los casos en que así se manifieste.

pero la economía no entró de firme en una perspectiva de expansión hasta el segundo trimestre de ese año. El objetivo de esta nota es examinar el comportamiento de algunos de los principales indicadores en la fase de recuperación, para hacer algunas consideraciones sobre esta etapa y sobre las perspectivas posibles de la recuperación.

El producto bruto de 1975 declinó 1.8%, continuando la tendencia de 1974. En 1976, el producto bruto registró una expansión considerable, de 9.2%, en el primer trimestre, aunque —a partir del trimestre siguiente— la evolución siguió siendo positiva pero declinante. El segundo trimestre arrojó una expansión de 4.5%; en el tercer trimestre el crecimiento fue de 3.8% y, finalmente, en el cuarto trimestre la expansión fue de 3%. La sola mención de estas cifras caracteriza el sentido estadístico que tuvo la expansión en 1976: alta recuperación al principio, continua pérdida de fuerza posterior. El proceso de retracción de la tasa de crecimiento del producto fue interpretada como una verdadera "pausa" de la expansión e hizo aparecer muchas veces el temor de que ésta se interrumpiera definitivamente, para dar paso a un nuevo proceso recesivo.

Al finalizar 1976, los temores eran menos consistentes, pero existía una gran expectativa en el mundo de los negocios y en el público en general sobre las consecuencias que podrían tener en la economía estadounidense las modificaciones de política económica del presidente James Carter, que asumió el gobierno el 20 de enero de este año. En la etapa inmediatamente posterior tampoco quedó precisado el rumbo que tomaba la economía. Aunque los temores de una vuelta al receso prácticamente se desvanecieron, el crecimiento se perfiló con menor firmeza de lo que inicialmente se pensaba y se mantienen las polémicas en los pronósticos acerca de la posible característica que asumirá la economía en los próximos meses. Contribuyeron a hacer más confuso el panorama algunos inconvenientes climáticos. En primer lugar, el intenso frío que caracterizó al actual invierno, y en segundo lugar la amenaza de una gran sequía en la región occidental. Ambos fenómenos pueden contribuir a profundizar algunos síntomas recesivos, que tornarían más difícil la plena recuperación.

La recuperación se torna más lenta

Durante el segundo trimestre de 1976 la expansión comenzó a enfriarse. Todavía en mayo, el Departamento de Comercio de Estados Unidos afirmaba que la recuperación cobraba impulso. Sin embargo, tomando como base 1967 = 100 para el índice de producción industrial y como punto máximo el alcanzado en junio de 1974 (131.9), se observa que en mayo de 1976 aún no se había vuelto al alto nivel de 1974. Entre junio y septiembre de este último año, la producción industrial se mantuvo relativamente estable, pero la caída posterior se prolongó hasta marzo de 1975. En ese momento comenzó una lenta recuperación, que también experimentó tropiezos en el segundo semestre de 1976.

Si se observa la variación tendencial de los precios al menudeo, se advierte que las graves perturbaciones empezaron en 1965-1966. Hasta mediados de la década del 60, sólo excepcionalmente la tasa de aumento de los precios excedía 2% anual. En 1966 se registró 3.4% y en 1967 3%, pero en 1968 (4.1%), 1969 (6.1%) y 1970 (5.5%) se advirtió que el índice de precios se estabilizaba en un nivel mucho más alto que el habitual. En 1971, posiblemente debido al relativo enfriamiento de la economía, hubo un aumento de precios mucho más moderado, de 3.4%, y la marca pudo mantenerse el año siguiente, a pesar de que en esa fecha empezó una rápida expansión que culminaría en 1973. Ya en este último año, los precios habían trepado a un 8.8% anual, pero lo más atípico fue que el receso comenzado en 1974 no impidió que los precios siguieran subiendo, hasta el punto de llegar ese año a una tasa récord de 12.2%. En 1975 la tasa de aumento de los precios al consumidor se redujo a 7% y en 1976 llegó a 4.8 por ciento.

En plena expansión, en el último trimestre de 1973, la tasa de ganancia neta sobre ventas era de 6%, según la revista *Business Week*. En el auge que precedió al receso, en el primer trimestre de 1974, la tasa de ganancia había descendido a 5.8%. La tendencia a la contracción de las utilidades se mantuvo durante la recesión y en el primer trimestre de 1975 la tasa era de 4.2%. En la segunda mitad de 1975, las ganancias empezaron a mejorar. Es indudable que esta recuperación de las utilidades de las

corporaciones estuvo directamente asociada con la reanudación de la actividad normal y la recuperación parcial de las inversiones.

Sin embargo, según el Departamento de Comercio de Estados Unidos, las inversiones de bienes de capital sufrieron una contracción neta en 1975, año en el que alcanzaron un valor de 112 780 millones de dólares. En 1976 hubo un aumento de 7.4% sobre 1975, pero —considerando la inflación— todavía se estaba en una marca inferior a la de 1974. Las estimaciones efectuadas para el año en curso permiten esperar que en 1977 se logrará un nivel de inversión real similar al de 1974.

Finalmente, conviene pasar revista a la evolución de la tasa de desempleo. La tasa máxima, de 8.9%, se registró en mayo de 1975. El desempleo se mantuvo alto hasta fines de ese año (en diciembre, la tasa era de 8.3%) y durante la primera mitad de 1976 fue evolucionando en el sentido de una disminución muy lenta. Pero, en octubre, la tasa estaba otra vez en 7.9% y ascendió en noviembre a 8.1% (unos 7.8 millones de desocupados), para volver a descender a 7.9% (un porcentaje todavía muy elevado) en el último mes del año.

Las causas de la lenta recuperación

¿Por qué se produjo la pausa económica del segundo semestre de 1976? Es posible que uno de los factores que más haya contribuido a que las empresas y los inversionistas adoptaran una actitud expectante, fueran las elecciones presidenciales y, posteriormente, el triunfo de James Carter. Es lógico que después de una recesión de la magnitud que soportó la sociedad estadounidense, sus hombres de empresa quisieran afrontar la nueva etapa con un pleno conocimiento de las reglas del juego. Las corporaciones temían que el programa de Carter incluyera el control de los precios y de los salarios o una elevación considerable del gasto público. Si se producía alguna de esas medidas, las corporaciones podrían considerar que la recuperación se asentaba sobre bases muy endebladas y no se mostrarían dispuestas a comprometerse en una reanudación de la inversión suficiente para estimular en verdad a la economía.

También pudo haber influido en la actitud de las grandes empresas el temor a un creciente déficit comercial. En el último cuatrimestre del año, el aumento de las importaciones respecto a las exportaciones fue deteriorando la balanza comercial hasta que se llegó en noviembre a un déficit récord de 906 millones de dólares y el año terminó con un déficit acumulado diez veces superior a esa cifra. Las previsiones para 1977 no son muy alentadoras en ese aspecto: se espera que durante el año las exportaciones se eleven a 128 000 millones de dólares, contra un volumen de importaciones de alrededor de 139 000 millones, lo que supone un desequilibrio comercial de 11 000 millones de dólares.

Aunque se prevé que la balanza en cuenta corriente evolucionará de manera favorable y que podría llegar a equilibrarse a fines del presente año, no hay dudas de que el crecimiento de las importaciones introduce un factor de inestabilidad respecto al dólar. Si a ello se agrega el hecho de que las expectativas inflacionarias no han seguido el curso esperado, se llega a un resultado que explica las vacilaciones de los inversionistas y de las grandes empresas. En efecto, si el dólar estuviera sometido a fuertes presiones de desequilibrio, las corporaciones ya han aprendido a contrarrestar esa situación con movimientos de capitales en busca de otras monedas o colocaciones que puedan neutralizar el mantenimiento de capitales líquidos sujetos a peligros de depreciación, sobre todo teniendo en cuenta que, si se ingresara en una corriente de decidida expansión, durante este año habría que efectuar un considerable desembolso de capital.

Los cálculos de las empresas pueden vincularse también con otros fenómenos no menos importantes. Durante este año vence en Estados Unidos una serie de convenios de trabajo que pueden resultar clave para decidir el nivel de los salarios. A los trabajadores de la industria del acero (427 000) y del petróleo (60 000), hay que sumar los de la industria del aluminio, los estibadores, los de la industria aeroespacial, los trabajadores telefónicos, los de los ferrocarriles y los de la industria del carbón, los asalariados ligados a la industria del cobre y los de los minerales no ferrosos, los de las fábricas de envases de lámina y de lata y algunos otros. Por todo ello, 1977 va a ser decisivo para fijar el nivel de los salarios

no sólo en este año, sino en los siguientes, ya que la mayoría de los convenios tienen una duración de tres años.

Como la tasa de ganancia se ha recuperado aceleradamente en los últimos meses, es posible que las corporaciones no quieran convertirla en una alta tasa de acumulación, no sólo porque el horizonte no se presenta diáfano, sino —además— porque no desean que la alta tasa de ganancia se deteriore rápidamente con salarios en plena alza. Para ello, es posible que hayan decidido esperar a ver qué sucede en la renovación de los convenios, y —sobre todo— que no hayan creído conveniente fortalecer la posición de los sindicatos con una inversión que hubiera elevado en mayor medida la tasa de ocupación, brindando la posibilidad de discutir salarios en un nivel más alto.

Los pronósticos

No obstante, si se pasa revista a los pronósticos efectuados por diversos medios muy cercanos a los cabilderos de las grandes empresas, se advertirá que el saldo muestra una inversión en crecimiento y una expansión del producto bruto relativamente satisfactoria para 1977. Ante todo, hay que tener en cuenta que, para que no aumente el desempleo, se necesita en Estados Unidos un crecimiento mínimo del producto bruto del orden de 4% anual.

El *U.S. News & World Report*, del 20 de diciembre de 1976, estimó que si la economía contara con estímulos relativamente moderados, tales como la reducción del impuesto para las personas y para las pequeñas empresas, así como un gasto no demasiado considerable (unos 5 000 millones de dólares) para nuevos empleos, se conseguiría un incremento del producto del orden de 5.1% en 1977. En ese caso, la tasa de desempleo descendería a 6.7% en diciembre de 1977. Si, en cambio, no hubiera estímulos, el aumento del producto nacional bruto no sería superior a 4.4%. En esta última eventualidad, el desempleo a fines de diciembre de 1977 sería de 7.5%, un nivel levemente superior al de enero, que fue de 7.3 por ciento.

El Bank of America, por su parte, estimó que la inflación en 1977 oscilaría

entre 5 y 5.5 por ciento, con tendencia al aumento, de tal manera que se llegaría en diciembre a 6% anual. El producto nacional bruto podría aumentar entre 4.5 y 5 por ciento y el desempleo podría descender a fines de este año a 6.6%, con un promedio para todo el año de 7%. Esta estimación parte del supuesto de que las utilidades de las compañías se elevarán 14% durante el período, lo que facilitaría el financiamiento de las nuevas necesidades de capital. De acuerdo con ello, la tasa de inversión de las compañías aumentará durante 1977 entre 12 y 14 por ciento.

A principios de enero, el *Wall Street Journal* afirmó que la recuperación estaba encarrilada. Pero lo hizo de una manera que dejaba traslucir una crítica al programa de Carter. La recuperación se habría debido al esfuerzo efectuado por la administración de Gerald Ford para bajar la tasa de inflación. La recuperación de la producción y del empleo no sería más que una lógica respuesta a ese proceso, con lo que se debe entender que la publicación estima imprudente cualquier política encaminada a intensificar la tasa de inflación.

El Manufacturers Hannover Trust también pronostica que la "pausa" terminó y que las perspectivas son buenas para 1977. Más realista, *The New York Times* dijo en diciembre de 1976 que este último había sido un "año revuelto" para la economía norteamericana, y que la manera en que la coyuntura se diferenció de los pronósticos "difícilmente [constituye] una razón para tranquilizarse".

La política de Carter

Para ajustar las perspectivas de 1977 no se puede menos que hacer una breve consideración sobre la política presupuestaria de Carter. Es evidente que lo que quieren las corporaciones es que se garantice que la inflación se mantendrá controlada, por lo menos a una tasa de 5 a 5.5 por ciento. La razón es la siguiente: en este nivel de inflación las empresas cuentan con una rentabilidad aceptable, las inversiones pueden ser crecientes pero moderadas y no habrá que pensar en una gran desestabilización del dólar, que requeriría fondos listos para la especulación. Este esquema supone una tasa de desocupación moderadamen-

te descendente, que no dé lugar a grandes reclamaciones salariales. Sólo así se podrá asegurar una inversión relativamente fluida.

El programa de Carter consiste, a grandes rasgos, en una inyección de más de 30 000 millones de dólares para un período de dos años. En ese caso, el déficit del presupuesto actual podría quedar dentro de los 75 000 millones de dólares y el próximo podría reducirse a 57 700 millones de dólares. En este programa, la disminución de los impuestos personales tendría más importancia que las asignaciones destinadas a incrementar los fondos previstos para las obras públicas.

Las grandes empresas no simpatizan con los estímulos encaminados a aumentar el gasto público y creen que las deducciones impositivas generalizadas sobre las rentas personales constituyen una contribución que no tendrá mayor repercusión en el gasto y la inversión. Ellas prefieren un programa de reducciones impositivas aplicado sobre sus ganancias, para fortalecer el aporte de capital que pueda encauzarse a través del sector privado.

Los sindicatos, en cambio, quisieran un estímulo del orden de los 30 000 millones de dólares por año, invertidos especialmente en el gasto público. Los dirigentes de los trabajadores tienen en cuenta, como es lógico, el nivel de empleo. Ellos afirman en sus cálculos que, en la inversión pública, 1 000 millones de dólares rinden 125 000 empleos. En cambio, una suma de igual magnitud aplicada a los cortes fiscales apenas generaría unos 15 000 empleos. La solución de los sindicatos supone un nivel más alto de inflación, que —llegado el caso— habría que contrarrestar con una política de controles sobre los precios y los salarios. Para las empresas, en cambio, es sustancial que la inversión se encauce a través de ellas, con un nivel de inflación relativamente moderado que impida la alteración del actual equilibrio de ingresos y un nuevo retroceso relativo de las ganancias.

Como se ve, en medio de la polémica está en juego la eterna contradicción entre la inflación o la mayor inversión. Una decisión acerca de permitir un más

rápido incremento de los precios no podría ser patrimonio exclusivo de Estados Unidos, dada la experiencia de la recesión pasada. Pero todo parece indicar que si bien Carter tratará de convenir a Alemania federal y a Japón para que den flexibilidad a la inflación y lo acompañen en la aplicación de un programa de carácter levemente inflacionario, hay serias resistencias en esos países. Las resistencias encuentran eco en la propia gran prensa de Estados Unidos, que generalmente traduce la opinión de los grandes hombres de negocios de la costa del este.

El proyecto presupuestario de Carter no es del pleno agrado de las empresas, pero pueden llegar a considerarlo un mal menor. Tal parecía ser la base de una reconciliación definitiva entre el nuevo gobernante y las grandes corporaciones, después de que éstas hicieron sentir sus inquietudes en torno al programa del nuevo Presidente estadounidense y teniendo en cuenta que la Bolsa de Nueva York registró minuciosamente este clima poco propicio con un indicador Dow Jones que ha mostrado una tendencia declinante desde la primera semana de enero hasta la segunda mitad de febrero. Naturalmente, el programa de Carter tampoco acaba de conformar a los sindicatos.

Sin embargo, una serie de problemas ha venido a complicar el equilibrio intentado por Carter. Se trata del invierno riguroso y de la amenaza de sequía en el oeste.

Ahora se afirma que el duro invierno actual retardará la recuperación, por lo menos hasta que termine el primer trimestre del año. Las bajas temperaturas elevarán el precio de los alimentos y los combustibles y se presentarán alzas en muchas materias primas. El nuevo cálculo de la inflación llega hasta un máximo de 7%, en comparación con el pronóstico inicial de 6% y con una segunda serie de pronósticos del orden de 5%, efectuada cuando se comprobó que la presión sobre los precios había aflojado más de lo que se esperaba, en el último trimestre de 1976. Si a las consecuencias del invierno se le suman las de la sequía en la costa del Pacífico, que se ha extendido a las grandes planicies, puede afirmarse que las presiones incluso serán bastante intensas y que es posible que, para

mantener la ocupación dentro de niveles aceptables, fuese necesario introducir algunos estímulos adicionales al programa presupuestario.

De todas estas consideraciones se deduce, para 1977, un pronóstico de recuperación relativamente moderada, en medio de una situación de precios con nuevas tendencias al alza y con acontecimientos que podrían modificar bastante los proyectos trazados. En el plano internacional, es indudable que no ha habido eco para llegar a un acuerdo sobre un plan verdaderamente expansivo. Lo que más asegura la expansión es el comportamiento previsto de las ganancias para 1977. Según el organismo Computer Directions Advisors Inc., las utilidades de las corporaciones al 31 de diciembre de 1976 eran de 43 billones 192 300 millones de dólares, 4.6% más que las obtenidas en el cálculo anual correspondiente al final del tercer trimestre del mismo año. El *Investor Management Sciences* (de Standard & Poor) cree que, sobre esa base, las ganancias de 1977 aumentarán todavía 18% más.

La mejora de la rentabilidad no queda muy clara si se tiene en cuenta la renovación de los convenios y el lento aumento de la productividad, denunciado por las mismas corporaciones. La solución parece haber sido que las empresas utilizaron hacia el final del año de manera mucho más eficaz su capacidad instalada; asimismo, introdujeron oportunos cambios en el financiamiento.

Con estos antecedentes, cabe esperar un año inquieto para la economía estadounidense, aunque siempre dentro de una tendencia expansiva que tendrá positivas repercusiones en el resto del mundo. Sin embargo, no puede preverse que esta tendencia abarque un largo período. La expansión vendrá acompañada de un nuevo impulso inflacionario y ello desestabilizará otra vez las corrientes de inversión en Estados Unidos. Si el gobierno se enfrenta al problema con estímulos demasiado audaces, la tendencia inflacionaria podría llegar a acentuarse. Sin duda, la polémica sobre el curso de la economía norteamericana volverá a agitarse hacia fines del año, cuando hayan aflorado todas las dificultades y contradicciones de este nuevo equilibrio, que por ahora se muestra totalmente precario. □

Ciencia y tecnología para el desarrollo

Preparativos y significado regional de la Conferencia de la ONU

JOSEPH HODARA*

En un trabajo anterior¹ examinamos algunas consideraciones planteadas en diferentes foros de las Naciones Unidas en torno a la convocatoria de una Conferencia Mundial sobre Ciencia y Tecnología para el Desarrollo. La Asamblea General² acaba de tomar una decisión: la Conferencia se efectuará en la segunda mitad de 1979 en una capital que aún debe determinarse (México se ha ofrecido como sede). Como Secretario General de la misma fue escogido el señor João Da Costa, diplomático brasileño de amplia experiencia, familiarizado con los empeños del organismo mundial en favor de

la aplicación sustantiva de la ciencia y la tecnología modernas para resolver las insuficiencias del desarrollo.

Merced a los intercambios de ideas efectuados en el Comité Asesor para la Aplicación de la Ciencia y la Tecnología (ACAST) y en el Comité Intergubernamental de Ciencia y Tecnología para el Desarrollo (CSTD)³ se tiene hoy una visión más lúcida de los propósitos, preparativos y consecuencias de este encuentro.

La Conferencia porta varias convicciones: que la ciencia y la tecnología constituyen, en principio, aceleradores poderosos

3. Las reuniones tuvieron lugar en noviembre último y en el presente mes, respectivamente.

* Jefe de la Unidad de Ciencia y Tecnología de la CEPAL. Las opiniones aquí vertidas son personales.

1. "Hacia la Conferencia de la ONU sobre Ciencia y Tecnología para el Desarrollo", en *Comercio Exterior*, vol. 26, núm. 3, México, marzo de 1976, pp. 312-313.

2. Resolución 31/184, adoptada el 21 de diciembre de 1976.

sos del avance económico y social; que los regímenes industriales del presente han encontrado en ellas el más significativo determinante de un progreso cualitativo que se traduce en la constante innovación —y marcada flexibilidad— de los patrones productivos e institucionales; que es posible ampliar y transferir las irradiaciones de esas fuerzas en economías de momento periféricas, que han absorbido modesta y unilateralmente los beneficios del progreso técnico.

Estas premisas no olvidan que la ciencia y la tecnología encierran elementos contradictorios y ambivalentes, y que el trasplante de la revolución científico-industrial tropieza con escollos estructurales pertinaces, tanto internos como externos. Obviamente, la insuficiencia científica y tecnológica que preocupa a los países en desarrollo no es un fenómeno aislado; tiene nexos significativos con otros problemas del subdesarrollo y de la articulación económica internacional. De ahí que se pretenda examinar el problema en un plano global, paralelamente a otros desequilibrios ya considerados en foros internacionales. Recuérdense aquellos que abordaron los temas de la población, el ambiente, los alimentos, el empleo, los asentamientos humanos, el agua —entre otros— que han merecido, por sus variados aspectos y ramificaciones, la atención de las Naciones Unidas.

Y como en estos casos, también en la cuestión de la disparidad tecnológica es menester convenir criterios e iniciar programas sobre bases internacionales amplias, a fin de remediar un tipo de insuficiencia que limita severamente el desarrollo. La Conferencia alude por ello a las directrices contenidas en el Nuevo Orden Internacional,⁴ y pretende cristalizar empeños que serían base de una nueva década de desarrollo.⁵

LOS PREPARATIVOS

Replantear el desarrollo a la luz de un progreso científico-técnico desigual es uno de los principios normativos de la Conferencia. Pero no se limitaría a ello. Pretende también discutir y acordar arreglos para la transferencia de tecnologías, el fomento de investigaciones pertinentes al desarrollo agrícola e industrial, el acceso más fluido a la información, y el perfeccionamiento de los mecanismos multilaterales de cooperación técnica.

Así concebida, la Conferencia habrá de representar una profunda experiencia educativa para los países miembros de las Naciones Unidas. Respetará, desde luego, la soberanía de éstos en relación con las directrices que imprimen al desarro-

4. Véase Naciones Unidas, *Declaración sobre el establecimiento de un nuevo orden económico internacional* (A/RES/3201-3202) (S-VI), marzo de 1974.

5. La resolución 31/184 mencionada anticipa que los resultados de la Conferencia serán evaluados en el trigésimo cuarto período de sesiones de la Asamblea General, que tendrá a su cargo la definición de las orientaciones del desarrollo en la década de los ochenta.

llo nacional; pero también tratará de superar convencionalismos diplomáticos apenas compatibles con un mundo interdependiente. La tarea requiere cuidadosos preparativos.⁶

Contéplase, en primer lugar, la necesidad de poner en marcha acciones en los planos nacional, regional e interregional de manera simultánea, en correspondencia a los propósitos generales de la Conferencia. A corto plazo tiene singular importancia la formulación más precisa del temario, con base en el señalamiento de esferas de estudio y áreas prioritarias que los gobiernos oportunamente habrán de hacer. No puede esta Conferencia abarcar todas las facetas de la ciencia, la tecnología y el desarrollo, ni ceñirse a algunas de ellas, escasamente representativas. Debe escapar del doble peligro de diluirse en vaguedades o de esterilizarse atendiendo cuestiones impertinentes.

Acordado el contenido temático, los países miembros, con el auxilio activo de la Secretaría General de la Conferencia —debidamente secundada por las comisiones regionales y agencias especializadas de las Naciones Unidas—, habrán de preparar informes nacionales que pasarán revista a los objetivos, políticas, programas y dificultades en el campo de la ciencia y la tecnología. El ejercicio —si evita lamentables estereotipos— facilitará el conocimiento mutuo de experiencias y pondrá bases para un tercer paso: la identificación de acciones que deben formar parte de un coherente impulso hacia la cooperación internacional en estas materias.

Estos preparativos serán acompañados por la organización de seminarios, viajes de estudio y grupos especiales de trabajo destinados a complementar el esfuerzo nacional y a difundir con amplitud los propósitos y el contenido de la Conferencia. Los grupos regionales del Comité Asesor, la Oficina de Información Pública de las Naciones Unidas y las comisiones regionales —debidamente fortalecidas— tendrán un papel importante en estas tareas. La Secretaría General de la Conferencia habrá de orientarlas en correspondencia a las directrices del Comité de Ciencia y Tecnología para el Desarrollo constituido en el foro preparatorio de este evento internacional. Actualizar el Plan de Acción Mundial para la aplicación de la ciencia y la tecnología al desarrollo, conforme a la sustancia de la Reunión, parece también representar un paso necesario.⁷

SIGNIFICADO REGIONAL

Diversos documentos preparados por la CEPAL,⁸ así como investigaciones efectuadas por organismos especializados y

6. Véase Comité de Ciencia y Tecnología para el Desarrollo, *Proyecto de directrices para la preparación de monografías nacionales*, E/C.8/L.84, Nueva York, 12 de febrero de 1977.

7. Véase el *Informe del Comité Administrativo de Coordinación, Subcomité de Ciencia y Tecnología*, sesión vigésima cuarta, Nueva York, 1-11 de febrero de 1977.

8. Véase, por ejemplo, CEPAL, *Consideraciones sobre algunas experiencias recientes en la promoción del desarrollo científico y*

por estudiosos del tema, indican que la evolución y estructura de las sociedades latinoamericanas han favorecido modestamente el avance de la ciencia y la tecnología con base en esfuerzos locales. Circunstancias complejas, relacionadas con las pautas de incorporación del área al mercado internacional y con los estilos de desarrollo dominantes, habrían inhibido la aplicación acertada y difundida del conocimiento tecnológico, en menoscabo del dinamismo y la autonomía de los sistemas nacionales.

Este aserto debe hoy calificarse. La región en conjunto, a despecho de manifiestas restricciones internas y externas, ha alcanzado progresos significativos en cuatro campos: el enunciado de políticas explícitas de ciencia y tecnología; la conformación de un pertinente andamiaje institucional y legal; la puesta en marcha de mecanismos de control y orientación del cambio técnico, y el aprovechamiento más amplio de la cooperación internacional.

El telón de fondo de estos avances es el incremento de la productividad industrial y, en los países de mayor dimensión, de las exportaciones de manufacturas; particular relieve tienen, en todo caso, las gestiones activas del sector público en favor de un crecimiento más diversificado.

Cabe pasar breve revista a estos hechos:

1) La formulación más depurada de las políticas. Los gobiernos comparten hoy la convicción de que es preciso reducir la cautividad tecnológica que se traduce, bien en la absorción indiscriminada de técnicas importadas, bien en altos costos —directos e indirectos— de una transferencia que en todo caso acentúa los desequilibrios externos e internos, bien en el aprovechamiento inadecuado de la infraestructura y los recursos disponibles. Dicho en términos positivos, se trata de alentar decisiones autónomas en estos terrenos, de suerte que la aptitud nacional para el cambio tecnológico crezca orgánica y sostenidamente.

2) Con este propósito la mayoría de los países de la región han creado o están a punto de promover instituciones y procedimientos que permitan, en principio, reorientar y absorber con mayor selectividad las corrientes tecnológicas (consejos nacionales de ciencia y tecnología, registros de transferencia, firmas locales de ingeniería, formación de recursos humanos, servicios de extensión, regímenes sectoriales de tecnología y financiamiento). Las acciones no han sido parejas ni completamente satisfactorias, pero representan pasos y elementos significativos en una dirección que parece correcta.

tecnológico de América Latina, ST/CEPAL/Conf.53/L.4, noviembre de 1974; CEPAL, *La tecnología y el proceso de industrialización latinoamericano*, ST/CEPAL/Conf.51/L.2, noviembre de 1974, y CEPAL, *El desarrollo económico y social y las relaciones externas de América Latina*, E/CEPAL/AC.70/2, 14 de febrero de 1977, pp. 77-90.

3) Los gobiernos, al experimentar con esta nueva faceta de la política económica y social, han empezado a instituir mecanismos de búsqueda, selección, trasplante y estímulo de las innovaciones tecnológicas, tanto en el plano nacional como regional. El sector público desempeña en estas actividades un papel sobresaliente, en paralelo a otras donde ordinariamente ha revelado gran interés.

4) Cabe mencionar que los nexos de cooperación técnica con el exterior se han venido diversificando conforme a las prioridades identificadas por las instancias nacionales. Sacar provecho del caudal de conocimiento y de buena voluntad que existe en la comunidad internacional es una tendencia compartida. Ya no se ciñe a ciertos países o temas; comprende un espectro muy amplio.

Los avances en estos cuatro campos colocan a América Latina, en relación con los propósitos y la sustancia de la Conferencia sobre Ciencia y Tecnología para el Desarrollo, en un tramo intermedio entre los países apreciablemente segregados de las corrientes de cambio técnico (para los cuales el problema es más de selección que de oferta local de tecnologías) y aquellos que tienen la delantera. Postura singular que entraña por lo menos dos consecuencias de interés regional.

Una de ellas es la necesidad de identificar campos prioritarios comunes, conforme a las experiencias históricas y a los problemas de América Latina. El ejercicio, que en algunos casos coincidirá con preocupaciones planteadas en otras áreas de desarrollo, deberá tener presentes tres aspiraciones básicas de la región: *i)* el incremento de los niveles de productividad, con particular atención a las ramas y sectores rezagados; *ii)* el alcance de una integración económica más amplia, que remueva los factores añejos y presentes que entorpecen los nexos de cooperación mutua, y *iii)* el fortalecimiento de la presencia latinoamericana en los mercados internacionales, sobre todo de manufacturas.

Estos criterios generales podrían presidir la reflexión que diferentes instancias —incluyendo el grupo latinoamericano del ACAST— deben hacer con vistas a precisar el temario y los trabajos de la Conferencia.

Por otra parte, la perspectiva latinoamericana puede ofrecer contribuciones sustantivas a este diálogo internacional en torno al desarrollo científico y tecnológico. Reflejando experiencias de una industrialización tardía que va de la mano con ensayos de políticas nacionales y regionales de oferta y selección de tecnologías, América Latina podría estimular convergencias entre la necesidad y las responsabilidades que experimentan regiones situadas en tramos desiguales de ingreso e industrialización. Esbozar lo mismo una pluralidad de ideas que nexos y programas en materia de cooperación tecnológica internacional es una tarea apremiante a la que América Latina debe asociarse activamente. □